

No sólo asocia el público el nombre de Nemesio Antúnez con la pintura y el grabado; también la difusión en Chile del arte se une estrechamente a la personalidad del artista que esta vez nos visita. En efecto, la labor de Antúnez en el Museo Nacional de Bellas Artes resultó decisiva: supo hacer de nuestro principal conservatorio artístico lo que nadie antes de él había logrado: un organismo vivo. Pero la presencia suya fue más allá todavía en su empeño extensionista: penetró en la intimidad de los hogares por intermedio de uno de aquellos rarísimos momentos de verdadera categoría estética de la televisión nacional. Así, su "¡Ojo con el arte!", comentario sobre plástica de sabrosa profundidad, será difícil de olvidar.

Lejos del país durante los últimos años, N. Antúnez hoy nos ofrece el fruto concreto de su inquietud creadora en ese tiempo. Barcelona y Londres constituyeron los lugares elegidos para desplegar dicha actividad en los terrenos del grabado, la acuarela y el óleo.

Frente al nutrido conjunto que resume su quehacer en el extranjero, y que exhibe Galería Epoca, se impone una primera, valorativa y escueta pregunta —evidente por lo demás, en casos como el actual— al observador: ¿avance, retroceso o mantenimiento de las virtudes propias del artista?

Sin intentar siquiera ni el más sintético análisis de su obra total —empresa que rebasa los límites de este comentario— cabe establecer alguna comparación general entre los productos postreros que en Chile se conocían de Antúnez y el estado presente de su verba. Comienza, de este modo, por llamar la atención la exuberancia de ideas pictóricas que nutre a las piezas ahora expuestas. Pareciera como si la lejanía de la patria hubiese significado para el autor un auténtico rejuvenecer en el campo formal y un acendramiento del sentir, que mucho lo favorece. No hay duda de que, ante el contacto permanente con atmósferas internacionales, de fuerte densidad estética, la sensibilidad de Antúnez no permaneció indiferente. Es que su lenguaje surge ahora en pleno proceso de integración de los influjos recibidos, los cuales quizá se adivinen de gran provecho futuro. Se hallan aquí, pues, latentes, bien distintos caminos expresivos. De esta manera, los testimonios que hoy nos entrega el artista enseñan una clara etapa de tránsito. Sin embargo, ello no se traduce en que la actual exposición carezca de logros plásti-

cos. Examinémoslos, aunque sin silenciar las insuficiencias que existieren.

Está, en primer término, el parco sector de los grabados. Se trata de cuatro láminas y, no únicamente por su reducido número, de la parcela más unitaria de la exhibición. Continúan las cuatro la temática, desarrollada antaño, de microscópicas multitudes que se congregan dentro de vastos espacios rectangulares, los cuales tienden a evocar la inhumanidad de la metrópoli contemporánea. Empero, esos conglomerados humanos parecen buscar un norte y se apiñan, cual insectos alrededor de la ampolla, junto a focos luminosos que agregan a grises, negros y blancos dominantes, la nota de color: verdes, rojos, amarillos, pigmentos cromáticos que, por su parte, ya toman la figura de colgantes lámparas, ya se materializan a través de una abstracta mancha. Se advierte la potencia del oficio en función de una expresividad que sabe, a ciencia cierta, a dónde va, mediante estas hojas.

Dos de ellas, no obstante, encierran mejores atributos que sus compañeras, sobre todo gracias a la justa proporción de su colorido: "Juegos en la ciudad", con la magnífica síntesis de la cordillera y del aire libre, y "El observatorio en la ciudad".

Las acuarelas, entretanto, otorgan material suficiente al espectador para que se dé cuenta, con mayor fundamento, del presente de Nemesio Antúnez. Además, junto con ubicarse en esta parte algunas de las obras más bellas de la exhibición, reinan acá chispazos de una notoria heterogeneidad estilística. Si bien el surrealismo resulta la vestidura más constante —dentro de él se notan, a su vez, vertientes del mismo—, también están la abstracción expresionista, algún fugaz asomo del arte conceptual, la Nueva Figuración. Sin embargo, el problema se torna grave cuando Antúnez cae en el desierto de incorporar, en una sola obra, más de una de estas voces expresivas con similar rango de importancia.

Como se verá, similar inconveniente poseen, magnificado por la índole del material intermediario, muchas de las pinturas. Mas concretemos por el momento lo anterior en el rubro acuarelas: "Tango subterráneo" y "Tango en las rocas", por ejemplo. En ambos cartones el figurativismo de los dramáticos danzantes poco o nada tiene que hacer con las abstractas manchas que completan cada una de estas realizaciones; mejor funden los elementos de "La nube y la

cama", una fina labor. Mayor unidad y, por ende, mayor hermosura hallamos en tres piezas muy sugerentes, de un delicado e intenso lirismo, y desplegadas entre la abstracción y el ámbito onírico: "La cordillera negra", "Temporal en el vidrio", "Cristo andino".

El tema de las cartas, de raigambre conceptual, permite al compatriota que nos visita conseguir otro logro muy bello y saturado de carga sensitiva, "La carta, frente"; en ella, cada ingrediente plástico fluye con orgánica naturalidad. Bien obtenido empleo de la letra tipográfica luce, mientras, "Editorial", de armoniosa atmósfera surrealista.

El trabajo recién mencionado, por su parte, se relaciona quizás con el más interesante sector de los óleos: aquellos de pequeñas dimensiones que aúnan la naturaleza de un paisaje contiguo a la carretera con algún sintetizado representante del mundo mecánico: "La bicicleta" —ninguna relación con los antiguos temas del artista—, "Camino del inca", para citar los más destacados. Otro lindo lienzo de tamaño reducido es completamente figurativo y se rodea de un aura onírica. Se trata del muy nostálgico y exquisito óleo "Cierta mañana temprano", contrapunto de encierro y de liberalidad deteriorada, en un campo deportivo.

Decíamos que la dualidad civilización-paisaje silvestre se soluciona de una manera que interesa en las telas chicas; a la inversa, en los cuadros grandes, que continúan esa temática, la tensión afloja y la presencia del ámbito humano pierde efectividad, al volverse más obvia. Dos obras de este género extreman, en tal sentido, cualidades y defectos: la sólida factura de "Cemento y lechugas", en el lado favorable de la balanza; el crudo desaliño de "Camino a Puerto Neruda", en el negativo. Muy próxima a la sobriedad de imagen de los grabados, cuelga una pintura excelente, "Autopista sobre negro", la cual apunta hacia la infinidad del espacio celeste.

Si el grupo pictórico de la exhibición ofrece el nivel de calidad más disperejo —puesto que acá predominan, al unísono, vigorosas ideas plásticas aún no bien decantadas—, precisamente en los lienzos con escenas de tango y de camas adquieren su máxima intensidad semejantes desigualdades. Entre las del primer motivo ostentan apreciables méritos sólo "Tango en las nubes" y "Tango en tres tiempos". En lo referente a las camas, convence bastante nada más que la complejidad de "Vida urbana".

NEMESIO
ANTÚNEZ

El Presente En Nemesio Antúnez

Por Waldemar Sommer